

Yo le apreté la mano con emoción.

Por aquella muger hubiera dado mi vida desde aquel momento. Desde aquel momento puedo decir que he sido suyo, suyo, enteramente suyo hasta la muerte.

Al decir esto Victor, una lágrima tembló en sus párpados.

¡Era su última lágrima!

¡Pero una lágrima de felicidad, derramada por un cadáver!

Aquello me aterraba.

### III.—SU ÚLTIMA SONRISA.

Victor prosiguió:

Resumo, querido mío; aquella muger me amó desde que me vió, como no había amado á nadie, pues hizo por mí locuras que de referirlas formarían un libro.

Dejó al duque y al coronel, y no pensó en hombre alguno mas que en mí, absorbiendo todas las afecciones de su espíritu en mi sola espiritualidad.

Tenia de mí unos celos horroresos.

Desde que me conoció abandonó completamente las sociedades á que concurría, y solo estaba en su casa para mí.

Aquella pasión que nos abstraía, necesariamente había de concluir por fundir nuestras existencias en una sola existencia; y puede decirse que mientras he estado en Madrid, ni ella ni yo hemos pasado una hora separados.

Teníamos, pues, unas mismas emociones; constituíamos, pues, una sola alma.

Su amor ha sido lo mas desinteresado del mundo para conmigo; jamás me admitió una espresión, una alhaja. Por el contrario, yo le debía todo, pues ella vivía con un lujo asombroso.

Mi amor estaba satisfecho, completamente satisfecho, y ya iba á casarme con ella y á retirarnos á vivir en nuestras montañas, cuando mi tío, ese pobre anciano sacerdote que has visto ahí, me escribió que estaba á la muerte.

Vine aquí, y ella quedó llorando mi ausencia momentánea.

Durante los dos meses que estuve aquí, á la cabecera de mi tío enfermo, ¡qué de cartas, Dios mío, uno y otro! ¡Jamás se ha sentido, se ha escrito y se ha poetizado tanto amor!

Mi tío se restableció, y yo volé á Madrid.

Llegué... entro en su casa... pregunto... y los criados me dicen que la señora no estaba en Madrid, que se había marchado la noche antes á París.

Aquello me parecía una horrible mentira. ¡Portio con los criados, quiero ver la casa... me dejan... entro en sus habitaciones... nada! ¡Ella no estaba allí en efecto, ni una doncella... nada... silencio por donde quiera... pero el silencio de la muerte!

Me dejé caer sobre un sillón, y lloré como un niño.

Quería salir de allí y no podía: me parecía que aun los muebles, el cuarto tocador... todo... todo conservaba el perfume delicioso de aquella muger arrebatadora.

Salí por fin de aquella casa, y entré en una fonda. En la misma fonda encontré á un amigo periodista, y contándole lo que me pasaba

—¡Toma—me dijo—es verdad que se marchó ayer con el

SEGUNDA SERIE.—1862.

marqués de S. á París! ¿Y no te ha escrito nada ella de eso?

—Nada.

—¿Sabía que llegabas hoy?

—Sí.

—Mugeres... mugeres... he ahí lo que son las mugeres. ¡La mejor lo deja á uno á la luna de Valencia como esa te ha dejado á tí!

Yo apenas oí aquella trivialidad del amigo periodista, y salí corriendo á tomar billete en las diligencias de Francia.

Lo encontré para aquella misma noche, y me fuí á París.

Llegué á París, y pregunté en que fonda paraba el marqués de S., y supe que no paraba en ninguna fonda, y sí que había amueblado una casa suntuosamente en los Campos Elíseos.

Tomé las señas, y me dirigí á ella.

Pregunto por la viuda del general R., y me dice el portero que no la conoce.

Pregunto si estaba en casa el marqués de S., y me dicen que sí.

Hago que me anuncien con un nombre supuesto, y el marqués me manda entrar.

Entro, y estaba en una habitación lujosísima.

Nos saludamos, y me mandó tomar asiento.

A mí me palpitaba el corazón con fuerza, y no acertaba á hablar.

Como yo me hallaba perplejo, el marqués me preguntó con una galantería exquisita en qué podía tener el honor de servirme.

Yo le dije que si era verdad que se hallaba con él la señora viuda del general R., para quien llevaba unos encargos de Madrid.

El marqués me contestó afirmativamente, y tirando del cordón de una campanilla, hizo á un criado que suplicase en su nombre á la señora, que viniese al salón donde nos hallábamos.

A los pocos momentos ella... ella, querido mío, entró en el salón mas hermosa que nunca.

Pero no era ella mas que *en cuerpo* pues *en alma* pareció no conocerme.

Yo me quedé sin saludarla, con las manos sobre el corazón, como para contener sus latidos.

Seguramente que debía hacer una figura muy ridícula, pero cuando la vida se agolpa toda al pecho, poco ó nada se cuida uno de los demás.

La escena fué muda, pero chistosa para ellos, horrorosa para mí.

Como yo no hablaba nada y permanecía en la misma actitud, el marqués me preguntó que encargos eran esos que tenía, porque la señora no podía detenerse mas tiempo en aquel sitio.

Yo le dije que á ella me tocaba hacérselos y á solas.

El marqués movió la cabeza disgustado, me tuvo por loco, y me dijo que fuera lo que quisiera lo que tenía que decir á aquella señora, no podía ser sin su presencia.

Yo quise hablar al oír aquello; pero hablar furiosamente contra el marqués, y no podía... sentía en la lengua lazos de hielo que me la sujetaban.

Todo aquello que me pasaba se parecía tanto á uno de esos sueños horroresos que suele tener el hombre, que no podía ser mas. Parecía una cosa fantástica, y no podía darse una cosa mas real y positiva.

AÑO XX. 15.



El marqués le hizo una seña á ella para que se retirara, y se retiró haciéndome una cortesía indiferente.

En seguida el marqués me saludó y se retiró en pos de ella.

Yo me quedé solo, y entonces conocí que tanto el uno como el otro me habían despedido como á un loco.

Salí de aquella casa con el corazón atravesado de dolor, porque la decepcion era horrible; y al llegar á la fonda, me encerré á llorar como un niño.

Al despertar el siguiente día me hacia daño París y salí para Madrid, en Madrid todo tambien me hacia daño, y me vine á mis montañas.

Pero en mis montañas no podia volver ya á ser el mismo que era antes.

Conmovida mi organizacion por una pasion tan honda como estraña, Galicia no podia ser ya sino mi tumba.

Por eso, querido mío, por eso te dije que *me muero*, y tal vez no viviré dos días mas.

Calló Victor, y se sonrió tristemente para mí, pero con una sonrisa que jamás olvidaré.

¡Era tambien su última sonrisa!

#### IV.—SU ÚLTIMO SUSPIRO.

Al siguiente día, apenas me levanté, fui corriendo hácia su lecho, porque me dijeron que habia pasado muy mala noche.

Estaba allí el médico, le hablé de su enfermedad, y me dijo:

—¿Qué le he de decir á vd? se muere.

—Pero, ¿de qué mal?...

—¿Qué mal?... No lo sé...

Y se encogió de hombros.

—Se muere, y nada mas; repitió.

Aquello era terrible.

Toda la mañana la pasé al lado de Victor, y no le quise hablar nada que se refiriese á su pasion, por no matarlo mas pronto.

Le hablé de literatura para ver si distraia algo su pensamiento, que parecia concentrarse todo entero en un punto dado, y entonces me dió su *Hiar-Treva*.

Por la tarde pareció dormir como un cuarto de hora, y de noche se empeoró tanto que apenas podia hablar.

Tenia un delirio horroroso, y no hacia mas que tender los brazos desde su lecho hácia la puerta, pero con una insistencia que parecia que *esperaba ver entrar por ella alguna persona querida*.

Esta insistencia me alarmaba, y me hacía mirar con mas lástima la muerte de Victor.

Su tío, el buen prior, no hacia mas que llorar y leer en la Biblia á pocos pasos de nosotros, pero observando de cuando en cuando al enfermo.

A eso de las dos de la mañana, los brazos de Victor volvieron á estenderse con mas insistencia que nunca hácia la puerta; y luego sus ojos se abrieron desmesuradamente, y quedaron fijos en la misma direccion.

Victor quedó así un momento inmóvil.

—*Egre dere anime cristiana mundi!* gritó de pronto el sacerdote (1).

(1) Sal, alma cristiana, de este mundo.

Victor lanzaba al mismo tiempo un suspiro, é inclinaba la cabeza sobre la almohada!

¡Era tambien su último suspiro!

#### V.—SOBRE SU TUMBA...

Al siguiente día asistí al entierro de Victor, y vi caer la tierra sobre su cuerpo inanimado, hasta que desapareció completamente á mis ojos.

Me retiré en seguida á su casa, y dormí soñando con él.

A la mañana siguiente desperté muy temprano, y me hallaba leyendo su *Hiar-Treva* en la misma habitacion en que espirara, cuando de repente veo delante de mí, casi en el mismo sitio que el moribundo señalaba desde un lecho... veo en fin aparecer una muger en traje de viage, pero la mas hermosa que yo habia visto.

Era ella... la ella de Victor!

Entonces ví esplicada aquella insistencia de Victor en tender los ojos hácia la puerta al espirar; y creí en el Deuterescopia ó facultades del alma para la segunda vista.

Aquella muger y yo no necesitamos hablarnos nada para comunicarnos el mismo dolor. Todo lo comprendió, y la vi llorar como una niña.

En seguida quiso ver la sepultura de Victor, porque le parecia mentira que hubiera muerto, y la guié hácia el cementerio.

La tierra aun estaba fresca.

Yo puse el pie encima para mostrarle la sepultura, y ella me apartó con horror, como si aquel pie mío lo sintiera sobre su pecho.

En seguida se arrodilló y se puso á orar.

¿Podieran ser fingidas aquellas oraciones, aquellas lágrimas?

¡Oh no! jamás ví orar y llorar con mas verdad y mas fé.

Dios debió recoger aquella oracion, como Victor recogia aquellas lágrimas.

Así pasó dos horas aquella muger bellísima y luego con los ojos fijos en su tumba:

—Yo te maté, yo, Victor, decia, pero algun día sabrás en el cielo *por qué causas* puede una muger abandonar al hombre que ama, seguir á otro, y desconocer delante de él á su verdadero amante, entonces tú me perdonarás.

Horas despues acompañé á aquella muger hasta Lugo, donde volvió á tomar la silla de posta para Madrid.

Al despedirse me dijo:

—Vd. que sabe la historia del amor de Victor, la sabe incompleta, porque no la sabe sino por él. Cuando la sepa vd. por mí, sabrá vd. entonces la historia de sus amores.

Le pregunté que cuándo se dignaria referírmela, y me contestó:

—Hay cosas que una muger no puede decir sino desde la tumba... Yo ya tengo cuarenta años, por mas que parezca aun joven he padecido mucho, padezco y padeceré mas aun con el recuerdo de mi último amor....

Y lloró.

—Cuando me muera, prosiguió, confesaré á vd. qué causas pudo haber para que yo huyera con otro, amando á Victor como le amaba, y lo desconociera al presentarse á mi vista.

—Adios, me dijo despues de una breve pausa.

Entretanto que no se digna escribirme, no podré com-



pletar jamás esta historia: yo no la conozco muy bien.

Por lo que llevo escrito, bastará para interesar el corazón de los buenos calaicos en favor de esta originalísima leyenda de Victor, que me he propuesto publicar á continuación.

Leedla sin criterio; leedla con el corazón.

Dejad el criterio para Dios, que es el que, según nuestras doctrinas ortodoxas, ha de juzgar á los muertos en su día.

*Hiar-Treva* nada tiene que ver con los amores de Victor.

Los que estén iniciados en la historia nebulosa del país, conocerán cuánto perdió Galicia en el genio que concibió á *Hiar-Treva*.

Una pasión desventurada llevó á Macías á la sepultura.

Otra á Juan Rodríguez del Padrón.

Otra á Patino, que murió cantando á una infanta de Portugal.

Otra á don José Puente y Brañas.....

Y otra á Victor Basben.

Los verdaderos cantores de Galicia, han sido por cierto muy desgraciados.

Al dejar de ser poetas para ser hombres, la muerte los sorprendía en sus primeras emociones de amor.

En *Hiar-Treva* hay una intención profunda. El que no la conozca no es digno de ser buen hijo de Galicia.

*Hiar-Treva* será siempre para nosotros, el primer trabajo literario de Galicia, si nó por su valor material, sí por sus iniciaciones mitológico-locales, pues nadie como Victor Basben, penetró tan honda y poéticamente con el sentimiento, en la noche oscura de los tiempos primitivos.

Leed á *Hiar-Treva*, y medita.

## HIAR-TREVA.

### BALADA DE LOS OBRETREVAS (1),

POR VICTOR BASBEN.

#### INVOCACION.

Torrentes de mis montañas, aves canoras de sus valles, espumas de sus rompientes, auras de sus florestas, ¡venid! ¡venid á mí!

¡Venid! ¡venid á mí; y dad á mi arpa vuestras notas, ya ásperas, ya suaves, ya vibrantes, ya apagadas, para cantar á las puertas de las cabañas una historia de amor, velada por las brumas de veinte siglos!

¡Venid! ¡venid á mí! ¡yo me hallo en la cumbre del Bremao! (2)

¡Venid! ¡venid á mí! ¡Trovador errante, he subido á sus alturas demandando inspiración á los cielos, y los cielos me inspiran porque mi frente se baña en el perfumado aliento de la Divinidad.

¡Ah! ¡ya habeis venido!!

(1) Conocidos hoy en la historia por ártabros ó arrotrevas; que fueron los que en la Galicia primitiva dominaron nuestras costas desde el cabo de Ortegal al de Finisterre.

(2) Montaña cónica á la desembocadura del Eume en el Océano.

Torrentes, aves, espumas y auras, ya siento en torno de mí vuestra sonoridad! Ya la poseo: ya la domino; ya la van á despedir las cuerdas de mi arpa á las ondas purísimas del viento.

#### I.

La *brétoma* (1) cubre como un crespon funeral las montañas, los valles y las marinas.

Pasan las horas, los días, los meses y los años, y la *brétoma* no acaba de disiparse nunca.

Nos hallamos en los tiempos del caos.

¿Cuándo brillará la luz prometida por las *ouras*? (2)

Ellas han cantado en las orillas de los ríos, que cuando en la familia mas virtuosa del país naciera una niña que tuviera en sus ojos el azul del cielo, en su cutis la blancura de los celages y en sus cabellos el tinte negro de los pinares del Eume, O (3) pondrá una luz en el espacio, una sola luz, que todo lo iluminaría por doce horas del día.

¡Ay! si brillara esa luz, los Obres (4) no perderían sus barcos pescadores en las rompientes de las costas.....

¡Ay! si brillara esa luz, los Ambres (5) no perderían sus ganados en las laderas de las montañas, donde se derrumbaban al buscar el sustento.

¡Ay! si brillara esa luz, los Troves (6) sembrarían mejor sus frutos, que pierden casi todos.

¡Ay! si brillara esa luz, los Ebres (7) cazarian mil y mil aves en los ventisqueros.

¡Ay! si brillara esa luz, los Trevas (8) cazarian mejor los jabalies en las oscuras y enmaranadas fragas de *brabá-digos* (9).

#### II.

El patriarca de los Obres, lleva á su muger á las orillas del mar, y la halaga mucho en una habitación que hizo con las conchas marinas mas preciosas, á ver si concibe esa niña.

El patriarca de los Ambres lleva á su muger de enramada en enramada, y la halaga mucho en un lecho de flores, á ver si el cielo le concede esa niña.

El patriarca de los Troves, lleva á su muger á las deliciosas *cortiñas* (10) y le hace beber de los mejores vinos, y la alhaga mucho, á ver si el cielo le concede esa niña.

El patriarca de los Ebres, lleva á su muger á los valles, y la halaga mucho en un lecho de plumas de colores, á ver si el cielo le concede esa niña.

El patriarca de los Trevas; no, no halaga á su muger Bremao. La lleva sobre sus hombros á una montaña, y dejándola en la cima, le dijo:

—Si esa niña ha de tener en sus ojos el azul del cielo, en su rostro la blancura de los celages, y en sus cabellos el color de los pinares del Eume, concíbela ahí, ahí, en la

(1) La niebla.

(2) Las hadas.

(3) Por la pronunciación aspirada de esta vocal, designaban á la divinidad los primitivos calaicos.

(4)

(5)

(6)

(7)

(8)

(9) Castaños jóvenes que crecen muy espesos.

(10) Pendientes vinícolas muy suaves, orillas de un río.



cumbre de esa montaña, cuya frente besan las nubes, y su planta de granito las aguas de ese río al confundirse con el Océano.

## III

La muger del patriarca de los Obres, parió al fin en su habitación de conchas marinas, y dió á luz cinco hijos todos varones.

El patriarca de los Obres despedido, los alejó de sí.

El mayor, Barall, lo hizo criar en la ría del Nerius (1), donde hoy se llama Barallobre.

Al segundo, Sill, lo hizo criar en la misma ría, donde hoy se llama Sillobre.

Al tercero, Ill, lo hizo criar en la confluencia del Mando y el Mendo, al enlazarse y formar la ría de Betanzos, sobre una eminencia que llaman Illobre.

Al cuarto, Ti, en otra eminencia de enfrente, llamada hoy Tiobre.

Y al quinto, Fi, que era muy rojo, orilla de la misma ría de Betanzos, en el lugar llamado Fiobre.

## IV.

La muger del patriarca de los Ambres, parió al fin en su lecho de flores, y dió á luz cuatro hijos, todos varones.

El patriarca de los Ambres, despedido, los alejó de sí.

Al mayor, Cam, lo hizo criar en la orilla del río Mero, entre Sigrás y Nos, en una bellísima aldea, hoy llamada Cambre.

Al segundo, Lam, lo hizo criar en las asperezas de Monfero, donde hoy nace el río Lambre.

Al tercero, Pam, lo hizo criar muy lejos, mas allá de la cordillera del Bocelo, donde hoy nace el río Pambre.

Y al cuarto Tam, lo hizo criar mas acá del Bocelo, donde hoy nace el río Tambre.

## V.

La muger del patriarca de los Troves parió al fin en su lecho de hojas de vid, y dió á luz tres hijos, todos varones.

El patriarca de los Troves despedido, los alejó de sí.

Al mayor, Les, lo hizo criar hacia el Sur, en la confluencia del Sar y el Ulla, donde hoy llaman Lestrove.

Al segundo, Lan, lo hizo criar hacia el Norte, en las montañas del Xistral, donde hoy nace el Landrove, en otros tiempos Lantrove.

Y al tercero, Mon, lo retuvo cerca de sí, en la confluencia del Mero con el mar, donde hoy se llama Montrove.

## VI.

La muger del patriarca de los Ebres parió al fin en su lecho de plumas de colores, dió á luz dos hijos, ambos varones.

El patriarca de los Ebres despedido, los alejó de sí.

Al mayor, Bo, lo hizo criar en la ría de Sada, en la desembocadura del Bajoy, donde hoy se llama Boebre.

Y al menor, Cece, entre Cortián y Galsamo, donde hoy se llama Cecebre.

## VII.

La muger del patriarca de los Trevas, parió al fin en la cumbre de la montaña, y dió á luz una niña.

(1) Río Neda, forma la ría del Ferrol.

El patriarca de los Trevas cayó de rodillas, elevando al cielo sus ojos y sus brazos.

—¡Hiar! ¡hiar! gritaron las auras en torno de él, que quería decir en el lenguaje primitivo ¡luz, luz!

Y la luz brilló en lo alto de los cielos...

Era la pupila de Dios, que se asomaba, en el azul de lo inconmensurable, á ver á Hiar-Treva.

## VIII.

Cuando nació Hiar las auras bailaron en torno de ella, al compás de las armonías del mar en el arenal del Eume, y de la brisa que agitaban las negras copas de los pinos.

Cuando nació Hiar, se vieron descender mil aves de colores sobre su frente, agitar sus alas y cantar, en torno de ella.

Cuando nació Hiar, se vieron surgir mil y mil flores sobre la alfombra de los prados, y arrojar torrentes de perfumes de sus cálices abrasados.

Cuando nació Hiar, la brétoma se dispó, replegándose hacia las llanuras del Océano, en la hundida línea del horizonte.

## IX.

Cuando nació Hiar, murió su madre Breamo, dejando su nombre á la montaña en que la había concebido y dado á luz.

Al otro día, murió el patriarca de los Trevas.

Al otro el patriarca de los Ebres.

Al otro el patriarca de los Troves y su muger.

Al otro el patriarca de los Ambres y su muger.

Y al otro el patriarca de los Obres y su muger.

La brétoma, al retirarse, llevó sus almas entre los pliegues de su manto, dejando sola la de Piadela, que así se llamaba la muger del patriarca de los Ebres.

## X.

Con Hiar, con la luz, quedó una generación nueva.

Quedaron los cinco Obres: Barall, Sill, Ill, Ti y Fi.

Quedaron los cuatro Ambres: Cam, Lam, Pam y Tam.

Quedaron los tres Troves: Les, Lan y Mon.

Y quedaron los dos Ebres: Bo y Cece, con su madre Piadela, belleza singular de ojos negros, de cabellos rojos y de cutis bronceado como el color del cielo en los días tormentosos.

## XI.

A los veinte años, los cinco Obres eran todos pescadores, pero gallardos pescadores, como no los había tenido la generación anterior.

Bien que entonces no había brétoma, y vivía Hiar.

A los veinte años, los cuatro Ambres eran todos ganaderos, pero gentiles ganaderos, como no los había tenido la generación anterior.

Bien que entonces no había brétoma, y vivía Hiar.

A los veinte años, los tres Troves, eran todos labradores, pero fornidos labradores, como no los había tenido la generación anterior.

Bien que entonces no había brétoma, y vivía Hiar.

A los veinte años, los dos Ebres, eran cazadores, pero ligeros y sufridos cazadores, como no los había tenido la generación anterior.

Bien que entonces no había brétoma, y vivía Hiar.



## XII.

Un día, Cecebre, el menor de los dos Ebres, llegó cazando hasta el Breamo, trepó á la cima, vió á Hiar que tenia en los ojos el azul del cielo, en su cutis la plata de los celages, y en sus cabellos el tinte negro de los pinares de Eume, y se enamoró de ella.

Cecebre quiso robarla, pero una manga furiosa de bréto-ma lo arrebató en sus alas, y lo arrojó cadáver en el lugar en que se criara.

## XIII.

Otro día, Boebre, el mayor de los dos Ebres, llegó también cazando hasta la cima del Breamo, vió á Hiar y se enamoró de ella.

Boebre quiso robarla como su hermano, pero Hiar se hundi6 en la montaña, la brétoma descendió de las alturas cubriendo la tierra como el negro manto de la noche, y Boebre quedó ciego, llegando á duras penas al sitio en que se criara, donde murió de pesar.

## XIV.

Como vieron á Hiar los dos Ebres y quisieron robarla, lo mismo la vieron los tres Troves, los cuatro Ambres y todos los Obres, escepto Fi, el rojo.

De los tres Troves, Les fué arrojado por la bréto-ma sobre la ría de Padron; Lam se convirtió en río, y Mon en monte.

De los cuatro Ambres, Cam fué arrojado por las nieblas sobre las aguas del Mero; y Lam, Pam y Tam se convirtieron en ríos.

De los cinco Obres, á Barall y Sill los arrojó la niebla sobre la ría del Ferrol, é Ill y Ti sobre la de Betanzos, y el quinto, solo el quinto, que era el menor de los Obres, Fi, sobrevivió á todos, porque enamorado de Piadela ni soñara con Hiar, ni aspirara á verla.

## XV.

Pero Hiar, Hiar, por el contrario, soñaba con Fi, el rojo, y lo perseguía entre las ondas del viento, convertida en un rayo de sol brillante que tomaba la forma de una muger divina, cuando Fi se hallaba lejos de Piadela, con quien vivía.

Cada vez que Fi veía á Hiar, huía despavorido á refugiarse en los brazos de Piadela.

Un día—era un día de tormenta—la cerrazon fué tan densa, que Fi iba á zozobrar con su barca.

Hiar, convertida en un rayo de sol, iluminó todo el horizonte en torno de Fi. Fi se salvó, y cuando llegó á la playa Hiar volvió á tomar su forma de muger y se prosternó ante Fi pidiéndole su amor.

Fuese ó no por agradecimiento, Fi abrazó á Hiar.

Piadela, que esperaba á Fi acongojada, vió aquel abrazo, y tanto fué su dolor y tantas sus lágrimas, que se convirtió en fuente, la fuente de Piadela.

## XVI.

Desde entonces Fi é Hiar, un Obre y una Treva, fueron los progenitores de los Obre-Trevas, primitivos pobladores de Galicia.

## FIN.

## ESTUDIOS HISTORICOS SOBRE LA LEPROA.

## LOS LEPROSOS EN LA EDAD MEDIA.

La lepra fué un mal terrible en la edad media. Vamos á dar á nuestros lectores algunos curiosos detalles del modo con que la lepra y los infelices que de ella se hallaban atacados fueron mirados durante los siglos católicos.

En aquellos tiempos de fé universal, la religión podía luchar de frente con todos los males de la sociedad de que era soberana absoluta; y á esta miseria suprema habia opuesto todos los consuelos que la fé y la piedad saben producir en las almas cristianas.

No pudiendo destruir los deplorables resultados materiales de aquel mal, habia sabido al menos destruir la reprobacion moral que podia recaer en sus desgraciadas víctimas. Las habia revestido de una especie de consagracion piadosa, y las habia constituido como los representantes y los pontífices, de ese peso de humanos dolores que Jesucristo habia venido á levantar, y de que todos los hijos de su Iglesia tienen por primer deber aliviar á sus hermanos. La lepra tenia en aquella época un no sé que de sagrado á los ojos de la Iglesia y de los fieles; era un don de Dios, una distincion especial, una senal, por decirlo así, de la atencion divina.

Cuentan los anales de Normandía, que un caballero de muy ilustre linage, Raoul-Fitz-Giroia, uno de los campeones del tiempo de Guillermo el Conquistador, habiéndose hecho monge, pidió humildemente á Dios, como una gracia particular, ser atacado de una lepra incurable á fin de expiar así sus pecados, y que fué oido.

La mano de Dios, de Dios, siempre justo y misericordioso habia tocado á un cristiano, lo habia herido de una manera misteriosa é inaccesible á la ciencia humana: desde entonces habia algo de venerable en su mal. La soledad, la reflexion, el retiro cerca solo de Dios era una necesidad para el leproso: pero el amor y las oraciones le seguian en su aislamiento.

La Iglesia habia sabido conciliar la solicitud mas tierna por estos infortunados vástagos de su seno con las medidas exigidas por la salud pública, para impedir la propagacion del contagio. Tal vez nada hay mas tierno ni mas solemne á la vez en su liturgia que el ceremonial llamado *separatio leprosorum* con el que se procedia al secuestro de aquel á quien Dios mandaba esta enfermedad en los lugares donde no habia hospicio especialmente consagrado á los leprosos.

Se celebraba en su presencia una misa de difuntos: despues de haber bendecido todos los utensilios que debian servirle en su soledad, y despues que cada uno de los asistentes le habia dado su limosna, el clero precedido de la cruz y acompañado de todos los fieles, le conducia á una choza aislada que se le señalaba por mansion. Sobre el techo de aquella choza colocaba el sacerdote una poca de tierra del cementerio diciendo: *Sis mortuus mundo, vivens iterum Deo*; muere al mundo y renace á Dios. Despues le dirigia el sacerdote un discurso consolándole, en que le hacia entrever los goces del paraíso y su comunión espiritual con la Iglesia, cuyas oraciones participaría en su soledad aun mas que antes todavía. Luego plantaba una cruz de madera delante de la puerta de la choza y colgaba en ella un cepillo



para echar la limosna de los pasajeros, y todo el mundo se alejaba de allí.

Por Pascuas solamente podían salir los leprosos de sus sepulcros como había salido el mismo Cristo, y entrar durante algunos días en los pueblos y aldeas para participar de la alegría general de la cristiandad. Cuando morían así aislados se celebraban sus funerales con el oficio de *confesores no pontífices*.

El pensamiento de la Iglesia había sido comprendido por todos sus hijos. Los leprosos habían recibido del pueblo los nombres mas dulces y consoladores. Se les llamaba *los enfermos de Dios, los pobres queridos de Dios, buenas gentes*. Se complacían en recordarse que el mismo Jesús había sido designado por el Espíritu Santo como un leproso. *Et nos putavimus eum quasi leprosum* (ISAÍAS, C. LIII, VER. 4), que se había hospedado en casa de un leproso, Simón, cuando Santa María Magdalena vino á ungirle los pies: que había escogido á Lázaro el leproso por símbolo del alma elegida.

Además á consecuencia de las peregrinaciones á la Tierra Santa y de las cruzadas, se había extendido mas la lepra en Europa, y este origen realizaba su carácter sagrado. Se había fundado en Jerusalem una orden de caballería, la de San Lázaro, consagrada esclusivamente al cuidado de los leprosos, y tenía por gran maestro un leproso: y una orden de mugges se había dedicado al mismo objeto en la misma ciudad en el hospicio de San Juan el Limosnero. El obispo Hugo de Lincoln del orden de cartujos admitía á los leprosos al beso de paz, y como le recordase su canceller que San Martín curaba á los leprosos abrazándolos, respondió el obispo:

—Si, el beso de Martín curaba la carne de los leprosos; pero á mí me cura mi alma el beso de los leprosos.

Entre los reyes y los grandes de la tierra no fué solo la reina Isabel de Hungría, cuyos rasgos de caridad ha inmortalizado representándolos tan al vivo el pincel divino de Bartolomé Esteban Murillo, la única en honrar á Cristo en estos sucesores de Lázaro.

Príncipes ilustres y poderosos miraban este deber como una de las prerogativas de sus coronas. Roberto, rey de Francia, visitaba sin cesar sus hospitales. San Luis los trataba con una amistad enteramente fraternal, los visitaba en las cuatro témporas del año, y besaba sus llagas. Enrique III rey de Inglaterra hacia lo mismo. La condesa Sibila de Flandes habiendo acompañado á su marido Teodorico á Jerusalem, en 1156, fué á pasar el tiempo en que estaba ausente el conde combatiendo á los infieles, en el hospicio de San Juan el Limosnero para curar en él los leprosos. Un día que lavaba las llagas de aquellos desgraciados, sintió que se le levantaba el estómago en aquella asquerosa ocupacion, pero inmediatamente para castigarse de aquella repugnancia tomó en su boca unos sorbos de aquella agua de que acababa de servirse y la tragó diciendo á su corazón:

—Es preciso que aprendas á servir á Dios en sus pobres, ese es tu oficio aunque revientes.

Cuando su marido dejó á Palestina le pidió permiso para permanecer allí consagrando el resto de su vida al servicio de los leprosos. Su hermano Baldovino III rey de Jerusalem, unió sus ruegos á los de esta heroína de la caridad; resistió el conde largo tiempo y no consintió separarse de Sibila sino despues de haber recibido del rey su cuñado en recompensa de su sacrificio una reliquia inapreciable, una gota de sangre de Nuestro Señor Jesucristo recogida por José de Ari-

mathea al hacerse el descendimiento de la cruz. Volvió solo á su patria, llevando consigo aquel sagrado tesoro, que fué á depositar en su ciudad de Bruges, y los piadosos pueblos de Flandes supieron con gran veneracion como su conde había vendido su muger á Cristo y á los pobres, y como les traía por precio de aquella venta la sangre de su Dios.

Todavía se vé hoy en Bruges cerca de la casa del ayuntamiento la hermosa capilla llamada de la *Santa Sangre* construida para servir de santuario á aquella reliquia.

Sobre todo los santos de la edad media son los que manifestaron con los leprosos una sublime abnegacion. Santa Catalina de Sena tuvo las manos atacadas de lepra, cuidando á una vieja leprosa que quiso ella misma amortajar y enterrar, pero despues de haber perseverado hasta el fin en su sacrificio, vió tornarse sus manos blancas y puras cual las de un niño recién nacido, y salir una dulce luz de los puntos que mas habían sido atacados. San Francisco de Asís y Santa Clara su noble compañera, Santa Odila de Alsacia, Santa Judit de Polonia, San Edmundo de Cantorbery, y mas tarde San Francisco Javier y Santa Juana de Chantal, se complacían en prestar á los leprosos los servicios mas humildes.

Frecuentemente sus oraciones les conseguían una curacion instantánea.

Una tradicion muy antigua y profundamente simbólica, fundada además en las Santas Escrituras, hacia mirar la lepra como el símbolo mas completo del pecado, y como no pudiendo por consecuencia ser curada sino por la sangre inocente, así como el pecado original del hombre, no había podido ser redimido sino por la sangre inocente del Hombre-Dios.—Esta tradicion se encuentra en una multitud de leyendas y poesías de la edad media.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## ORIGEN DEL MEDICO A PALOS.

ANECDOTA COMICA.

Antiguamente hubo un villano (llamábanse así los habitantes del campo) que á fuerza de avaricia y trabajo reunió un buen capital. Sin embargo, no pensaba en casarse, y sus amigos se empeñaron en buscarle una compañera, como en efecto lo hicieron, proponiendo al campesino una señorita noble y bella, pero muy pobre.

El bueno del villano, se unió en matrimonio á la jóven, y á poco se hizo celoso y colérico hasta el extremo de pegar á su esposa tres veces á la semana, dándole bofetadas, que muchas veces quedaron grabadas en su rostro los toscos y ásperos dedos del campesino. La pobrecilla no hacia otra cosa que llorar y gemir, pero como tenía buen corazón, siempre perdonaba á su marido, el cual prometía con frecuencia que se corregiría de su brutalidad. Con todo, pasaban las semanas, y el villano continuaba en su manía, de suerte que la infeliz señora se devanaba los sesos para hallar un buen medio de atraer á la razon al rústico.

Un día, que estaba desesperada, entraron en la casa dos enviados caballeros en magníficos potros blancos, señal evidente de que pertenecían á la servidumbre del rey. Díoles pues albergue, y no tardó en saber que buscaban á un médico hábil para que curase á la hija del monarca, la cual ha-



cía ocho días que tenía clavada en la garganta una espina le pescado sin que nadie pudiese estraérsela. «La princesa no come ni duerme, anadieron los enviados, y sufre dolores increíbles; por lo cual el rey que está profundamente afligido, y que si muere su hija, habrá de seguirla al sepulcro, nos ha encargado busquemos á un buen médico para que la salve.

—No vayan ustedes mas lejos, repuso la dama, que conozco á un médico mas hábil que Hipócrates y Galeno.

—¿Lo dice usted de veras?

—Es la pura verdad; pero el médico de que hablo es muy caprichoso y le ha dado por no ejercer su facultad, así es que como ustedes no le casquen de lo lindo, no sacarán de él el menor partido.

—Si no es mas que eso, ya le calentaremos las costillas. ¿Dónde vive?

La dama les mostró unas tierras que á la sazón labraba su marido, y los dos enviados, provistos de buenos palos, fueron en busca del villano, á quien saludaron en nombre del rey, rogándole les siguiese.

—¿Para qué? preguntó el campesino.

—Para curar á su hija.

El patan respondió que sabía llevar el arado, y que si el rey lo necesitaba para esto, podría servirle, pero respecto á la medicina, protestó que no entendía una palotada.

—Está visto, dijo uno de los caballeros, que nada conseguiremos con los cumplimientos.

Y echando pie á tierra, tanto el uno como el otro apalearon al rústico, por mas que gritó y se desesperó, hasta que al fin prometió obedecer.

Inquieto y cuidadoso el rey por la salud de su hija, acusaba la tardanza de los comisionados, cuando se presentaron éstos con nuestro buen hombre, el cual fué conducido inmediatamente á la cámara de la princesa.

El pobre diablo se hinca de rodillas y jura por todos los santos de la corte celestial que no sabe una palabra de medicina; pero el rey, enterado del capricho del facultativo, hace una sena, y al momento cae sobre la espalda del patan una lluvia de palos.

—¡Perdon, esclama, perdon! yo la curaré.

Y como viese delante á la princesa, pálida y moribunda y con la boca abierta, se acercó á ella, y luego que se enteró de la causa del mal, así como del sitio que ocupaba, se dijo á sí mismo:

—Puesto que el mal está en el cuello, tal vez desaparecerá haciéndola reir.

Y mandó que encendiesen lumbre, y le dejáran solo con la princesa.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, la sienta, se tiende á lo largo de la candela, é imitando los gestos del mono se pone á rascarse con sus negras y retorcidas unas, haciendo tantas contorsiones y muecas, que la princesa, á pesar de sus dolores, no puede contenerse. Lanza pues de repente una ruidosa carcajada, y al esfuerzo que hace se desprende la espina, la cual es recogida por el villano, diciendo al rey en tono doctoral:

—Senor, la salvé.

Festejado por el monarca y cubierto de magníficos y costosos regalos, trató el campesino de dar la vuelta á su choza; pero una multitud de cortesanos, en la esperanza de que los curaría, se presentaron á nuestro hombre, que por haber

rehusado recibió de nuevo unos cuantos palos. Para librarse del vapuleo prometió que curaría hasta la última criada; ¿pero cómo componérselas?

Este es el punto de la dificultad.

Convocó á todos los enfermos, y les habló así:

—Amigos míos, solo conozco un medio de curacion; cual es: escoger al que se halle en peor estado, arrojarle al fuego, y luego que esté consumido recoger las cenizas para darlas en ciertas bebidas á los demás pacientes. Violento es el remedio, pero seguro, y respondo de que con él sanarán todos. ¿Cuál es, pues, el mas enfermo?

—¡Yo nó! dijo uno.

—Ni yo tampoco, exclamó otro.

—¡Ni yo! ni yo! ni yo! gritaron todos, levantándose precipitadamente y tomando las de villadiego.

Desembarazado el villano por medio de esta astucia de su papel de médico, no permaneció mucho tiempo en la corte, y de vuelta á su aldea, se habia corregido de tal manera que su esposa en lo sucesivo solo tuvo ocasion de celebrar la cortesía del marido.

Esta aventura, tan antigua que apenas se sabe el lugar donde sucedió, fué pasando de boca en boca, hasta que Moliere, el primer autor dramático de la Francia, la acomodó á una de sus mejores comedias *Le Medecin malgré lui*. Traducida al espanol con el título de *El Médico á palos*, ha estado con razon muy en voga en nuestros teatros, hasta que las obras de una nueva escuela literaria y dramática vinieron á desterrar de la escena esta y otras producciones altamente cómicas.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LA CHINA EN LAS TULLERIAS.

La expedicion francesa en la China se apoderó de Pekin, y del saqueo de los palacios trajo á París muchos objetos raros, interesantes y preciosos, que espuestos al público en el Pabellon Mayor en las Tullerías, han escitado la curiosidad y admiracion de los habitantes de aquella capital, y de los numerosos viajeros que de todas las partes del mundo acuden todos los dias á visitarle.

Llamaban desde luego la atencion en esta esposicion pública de los trofeos traídos de China, los gigantescos jarrones de esmalte de los mas variados colores, y una pagoda de bronce dorado y cincelado del mas esquisito y acabado trabajo. Formaban estos objetos parte de un templo, así como muchos ídolos de oro y esmalte, cuyos rostros no son menos raros y caprichosos que sus estravagantes posturas.

Un maniquí colocado sobre un pedestal, estaba cubierto de una espléndida vestidura, del emperador de la China. Consiste su traje en muchos vestidos puestos unos sobre otros; los hay de lama de oro, otros de acero, pero el mas rico de aquellos vestidos que formaba como un sobretodo, es de magnífica seda de color anarillo imperial, con deliciosos bordados de todos colores, con botones de oro y de piedras preciosas que realzan su riqueza.—Completa este traje un casco de oro y de acero cuya forma es casi la de una tiara, y que termina en una prolongada punta de acero; las yugulares del casco tienen casi la forma de las orejas



de una gorra á lo Luis XI. Este casco á pesar de las imperfecciones de su hechura es rico por sus adornos muy bien tratados, y las magníficas perlas de que se halla guarnecido, y es muy sólido, aunque ligero.

Allí puesto y sobre el pedestal, estaban colocados los dos cetros encontrados en el palacio de invierno del emperador, y de los que tanto han hablado los periódicos. Estos cetros tienen de largo sobre unos cuarenta centímetros, y son de oro. Tienen la forma de una C muy prolongada, adornados en sus estre-

mos y en el centro de pedazos de jade, verdes en el uno, y blancos en el otro. Esta disposición bastante caprichosa no carece, sin embargo, de elegancia, sobre todo por lo esquisito del trabajo, y la belleza y tamaño de las piedras de jade.

Los aficionados á las fundiciones se detenían delante de dos colosales quimeras de bronce dorado, fundidas de un golpe, y de peso cada una de ellas de trescientos kilogramos lo menos. A la vista de los violentos movimientos y contorsiones de aquellos monstruos, las personas conocedoras y enten-



Exposición de objetos de la China en las Tullerías.

didas en el arte de la fundición se preguntaban con asombro como se había podido obtener tan maravilloso resultado.

Sobre varios estantes se hallaban admirables porcelanas, copas y otros objetos. La vista de los inteligentes se detenía sobre todo en un soberbio jarrón del amarillo imperial mas puro, en el que corrían ramages de un verde encantador. Biombos de sorprendentes dimensiones pintados de un modo admirable, desconocido, delicioso, llamaban poderosamente la atención del público.

En aquella misma galería se admiraba también una colección de riquísimas y variadas armas, de acero damasquinadas en oro.

Una parte del botín cogido en la capital de la China, va á pasar al Museo especial de Londres, ese gran museo donde hay destinada una sala para cada una de las naciones del mundo, reuniendo en ella sus mas preciosos productos y antigüedades.